

**APIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

ÁLVARO MONGE



►► Clemente Giménez (izquierda), Felip Pérez y Manuel Bayona, en el club Sant Jordi del Raval, el miércoles.

Acuerdos con letra pequeña

En la mesa no hay ni una baraja ni un periódico mil veces ojeado. Es miércoles a las 19.15 horas y **Felip Pérez, Manuel Bayona** y **Clemente Giménez** se reúnen en la que durante 10 años ha sido su segunda casa, el club Sant Jordi del Raval. **Felip** tiene que explicarles la reunión con la directora del área social de la Fundació Catalunya Caixa, **Marta Torres**. Asegura que hay «una posibilidad de diálogo». La reunión tuvo lugar en La Pedrera y la provocaron ellos porque ya estaban hartos de sentirse actores mudos de su película.

Esta cronista se los encuentra por casualidad porque desde el 26 de marzo, cuando se les comunicó que ahí ya no se jugaba ni a cartas ni a dominó, del centenar de ancianos que se reunían aquí cada tarde ya no queda ninguno. «La familia se ha desperdigado», asegura **Pérez**.

La historia de estos jubilados es la misma que viven los ancianos de los 45 clubes Sant Jordi que hay en Catalunya: hace una década la entidad bancaria que ahora es Catalunya Caixa les propuso que domiciliaran sus pensiones en la entidad y, a cambio, les dotó de un espacio en el que poder reunirse y al que podían acceder con el carnet del club Sant

Jordi. **Manuel** lo lleva en la cartera. Ahora la fundación ha cambiado de parecer y destinará los 45 locales a tareas «apropiadas según el diagnóstico que han hecho en cada territorio». El del Raval estará gestionado por la oenegé ABD.

Es **Manuel Bayona** quien hace la crónica del proceso que han vivido: «Primero, cerraron los fines de semana. Luego, se llevaron la biblioteca que habíamos montado entre todos; los periódicos desaparecieron;

«Se llevaron los libros, los diarios y, desde el 26 de marzo, no podemos hacer nada»

nos dijeron que no podíamos jugar a cartas, y que no podíamos organizar bailes. Solo podemos hacer actividades, como cursos de memoria, que nosotros mismos impartimos. Lo peor es que en ningún momento nadie nos envió una circular».

La cara de **Manuel** es conocida. Se ríe. Hace unos años una serie de TV-3 sobre ancianos se rodó en este local. Él era uno de esos jubilados que enseñaban a toda Catalunya que ser

viejo no significa no tener voz. «Entonces importábamos». La representante de ABD en el local se sienta en la mesa. Es joven y los ancianos le agradecen las atenciones. **Felip** dice que la oenegé «no tiene la culpa de nada». Es cierto que no ayudó que alguien encontrara en internet que trabajan (entre muchos otros temas) con drogodependientes. Fue un rumor que se calmó con otro: vendrían enfermos mentales a su club. Entonces, la broma generalizada fue que, sin club, habría una depresión grupal y seguirían jugando a cartas.

Esta cronista llama a **Pilar Rodríguez**, directora de la unidad operativa sociosanitaria de ABD. **Rodríguez** deja claro que la oenegé sigue el modelo de la Fundació Catalunya Caixa. Ayer a las 8.00 horas, **Marta Torres** respondía a una llamada de esta cronista. Decía que la crisis ha provocado «una reordenación» de los equipamientos de la fundación y que «estos ya no puedan ser clubes de ocio». «Se abren a otros problemas del territorio». ¿Echarán a los viejos? «No», contestaba. «El ocio pasivo ya no es el modelo, pero se les invitará a que participen en el nuevo enfoque. Estamos abiertos al diálogo».

«Regresaremos», había dicho **Felip** anteayer. «¿Es malo jugar a cartas?», preguntaba **Manuel**. **Clemente** que había permanecido callado decía: «Podemos retirar el dinero». Silencio. **Felip** se animaba: «Somos 5.000 miembros, más hijos, amigos...». Tiene 75 años. Ayer impartía una clase de memoria en su club. ≡

apiedecalle@elperiodico.com